



ROMANCE HISTORICO

DE LA

RENEGADA DE VALLADOLID.

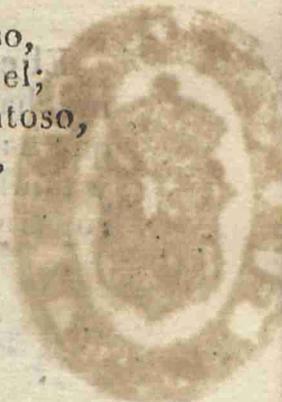


Curiosa relacion, en la cual se refiere como una señora natural de Valladolid, siendo cautiva, negó la ley de Dios, y se casó con un moro rico: dase cuenta como habiendo cautivado á un clérigo, hermano suyo, la sirvió tres años sin que se conociesen; y como Dios fue servido que se declarára quién era, por ciertas preguntas que á su hermano hizo la renegada.

PRIMERA PARTE.

Desde poniente á levante, del sur hasta el septentrion, con alta voz retumbante es muy justo que se cante tal caso de admiracion.

Es caso dulce y precioso, muy mas dulce que la miel; aunque al principio espantoso, terrible y muy temeroso, mas amargo que la hiel.



Y así por poder decir
este caso con dulzor,
sin discrepar ni mentir,
será menester pedir
al supremo Sér favor.

Al cual suplico humildemente,
como á Padre celestial,
dulcísimo y muy clemente,
guie mi sentido y mente
en esta obra especial.

En Valladolid vivia
una niña muy hermosa,
dotada en sabiduría,
que su padre la instruía
para monja virtuosa.

Esta tenia un hermano
en gramática sapiente;
en servir á Dios muy sano,
y aunque mozo, buen cristiano,
siervo del Omnipotente.

En Salamanca aprendió
la sacra Teología;
y á Valladolid llegó
un capitan que nombró
nuestro Rey para Bugía.

El capitan se hospedó
en frente de la doncella:
una mañana la vió,
y así como la miró
se encendió en amores de ella.

El capitan la enviaba
muchas coplas amorosas,
que nadie las barruntaba,
y también le presentaba
ropas y joyas costosas.

La doncella le rogó
que en tal caso no pensase,
y las joyas le envió,
y mucho le suplicó
que sus puertas no rondase.

Que es doncella muy honrada,
de buena línea y parientes;
que seria maltratada,
de su padre atormentada,
y afrentada de las gentes.

El capitan encendido
en la enojada doncella,
de sus amores herido,
promete ser su marido
y desposarse con ella.

La doncella consintió
con tal que con ella case:
una noche la sacó,
y á Peñafiel la llevó
sin que nadie lo pensase.

A Bugía se partió,
gozando de su hermosura,
mas su placer no duró,
que presto les derribó
la fortuna su ventura.

Y es, que los moros cercaron
á Bugía con presteza,
en la fuerza se entregaron,
y entre los presos se hallaron
esta singular belleza.

Y como un bajá la vió,
jóven, hermosa y dispuesta,
mucho de ella se prendió,
y para sí la tomó,
porque la vió tan honesta.

R. 22.223

Metíola luego en el mar,
y á su tierra la llevó,
que era la ciudad de Ismán,
y antes de desembarcar,
de amores la requirió.

Mas no la pudo vencer
por mas que la importunaba;
y ella dijo : has de saber
que en tal no me has de ofender,
aunque yo sea tu esclava.

Basta mi terrible pena
y amarguísima prision
que desde hoy se me ordena
sujeta aquí á una cadena
y ausente de mi nacion.

El moro la regalaba
dándole buena comida,
á su mesa la sentaba,
y de amores la trataba
con palabras muy sentidas.

Dijola un dia negase
á Cristo , sacro Agnus Dei,
y que mora se tornase,
y que con él se casase,
pues tan buena era su ley.

Que mas vale que reciba
su secta mahometana,
y en descanso y bienes viva,
que no verse así cautiva
en tierra agena y pagana.

Por libertad y riqueza
renegó de aquel tesoro
de la Alta y suprema Alteza,
sin temor y sin pereza,
y se casó con el moro.

Veinte y seis años estuvo
metida en tan mala secta:
del moro dos hijos tuvo,
y su mala ley sostuvo
como infernal mahometa.

Estaba tan olvidada
de Cristo y de sus tesoros,
como si fuera engendada,
nacida y tambien criada
de continuo entre los moros.

Y como el Juez soberano
se puso en la cruz por todos,
con benigna y franca mano
al sacerdote su hermano
le envió por varios modos.

Y es que el clérigo venia
de Roma , de negociar,
con otros de compañía,
en alta mar se metía,
y comenzó á navegar.

Diez galeras le salieron
de moros por buena cuenta,
en cerco se les pusieron;
el navío les rindieron,
y cautivaron noventa.

El clérigo fue llevado
á la fuerza de Moron,
de ropas desvalijado,
y fue puesto en el mercado
donde se vendió á pregon.

El moro no conoció
el cautivo que compraba,
una cadena le echaba,
y á su muger lo llevó,
sin saber lo que llevaba.

Habiendo Jesus juntado
los dos que bien se querian,
hermana y hermano amado,
hartas veces se han mirado,
pero no se conocian.

Ni ella conocia á él,
ni él á su hermana mayor:
dábale vida cruel,
como renegada infiel
que negó á su buen Señor.

Tres años y algunos dias
sirvió el clérigo á su hermana,
sufriendo mil perrerias,
has'a que el sacro Mesías
les abrió la senda llana.

Pues no quiso se perdiera
la que le habia costado
padecer muerte tan fiera,
é hizo se reconociera,
y llorára su atentado.

Y es que el clérigo con celo
invocaba cada dia
á la alta Reina del cielo,
y arrodillado en el suelo
el rosario le ofrecia.

Todas las noches estaba
así tres horas cabales,
y los Maitines rezaba,
y con devocion pasaba
los Salmos penitenciales.

Una noche le acechaba
la hermana, por ver qué hacia,
y escuchó como rezaba,
y con devocion llamaba
á la gloriosa María.

En el año de setenta
y nueve, con gran recreo,
vispera de San Mateo,
de España le pide cuenta
con grandísimo desco.

Le dijo: de dónde eres?
responde, no estés turbado;
tienes en tu tierra haberes?
que si los tienes y quieres,
bien puedes ser libertado.

Eres casado y mezquino?
tienes hijos y muger?
respondió: con Dios divino,
un Sér, en Personas trino,
tengo todo mi querer.

Y la gloriosa María
es mi Madre enamorada.
La renegada decia:
déjate de esa porfia,
que tu ley no vale nada.

El buen clérigo calló,
pues se veía en tierra extraña;
y otra vez le preguntó:
qué oficio fue el que aprendió;
y de dónde era de España?

Respondió muy liberal,
no con placer ni con risa:
es mi oficio celestial,
sobre todos general,
soy sacerdote de misa.

Cada vez que misa digo,
desciende Dios á mis manos,
de sus siervos es amigo,
es sustento, pan y abrigo
de los leales cristianos.

Dijo su hermana : ese oficio
en tu tierra es muy tenido,
es oficio de egercicio,
oficio que quita vicio,
de todos el mas subido.

Razon tienes de alabarle:
mas tambien te hago saber,
que bien puedes olvidarle,
que no volverás á usarle
estando tú en mi poder.

En qué villa, en qué ciudad,
ó en qué pueblo te has criado?
no me ocultes la verdad:
y él dijo con humildad,
afligido y congojado:

Déjame ¡ triste de mí!
con mi pena y mi pasion,
que no sé donde nací;
basta que me vea aquí
sujeto á triste prision:

Do no pueda celebrar
el sacrificio de honor
que se ofrece en el altar;
que al muerto puede aliviar,
y dá gracia al viador.

Déjate de lamentar,
la dueña le replicó,
dónde tienes tu solar?
no te quieras escusar,
pues quiero saberlo yo.

Que en España yo me ví,
aunque me veo aquí ahora,
diez años por cierto fui
cautiva en Valladolid
de una muy noble señora.

Cómo el clérigo la oyó
su amada tierra nombrar,
sus dos megillas regó
con lágrimas que vertió,
y comenzó á suspirar.

Y dijo: tú has redoblado
mi dolor grave y crecido,
que la tierra que has nombrado,
soy de ella beneficiado,
y es la patria en que he nacido.

Ella empezó á consóllalle,
su llanto aplacando y lid,
y con ansia á preguntalle,
que le dijese en qué calle
vivía en Valladolid.

Respondió con gran dolor,
afligido y con zozobra:
vive mi padre y señor
junto á la iglesia mayor,
en la calle de la Obra.

Conoces á los Rosales,
gente noble y principal?
dijo: ya doblas mis males,
pues son mis tios carnales,
y no saben de mi mal.

La renegada que vió
las buenas señas que daba,
al hermano conoció,
y aunque lo disimuló,
el corazon le lloraba.

No hay contento que le cuadre
mas que ver su buen hermano;
y dijo: dime, tu padre
como se llama y tu madre?
y tu nombre dime llano.

Llámase Juan de Acebedo
mi buen padre y mi señor,
y mi madre Leonor,
por sobrenombre Salcedo,
y yo me llamo Melchor.

Una hermana has de tener
harto gallarda y hermosa,
que la llegué á conocer;
dí, Melchor, qué se fue á hacer?
es casada ó religiosa?

El clérigo respondió,
diciendo: fuese perdida;
á padre y madre negó,
no saben quién la llevó,
ni á qué provincia fue ida.

Como la hermana notara
su perdicion y maldad;
al punto se desmayára,
y el hermano bien pensára
fuese alguna enfermedad.

El moro no estaba allí,
que con sus hijos fue á caza;
lo permitió Dios así;
y despues que volvió en sí,
á su buen hermano abraza.

El hermano se apartaba
porque no la conocia,
y la hermana porfiaba,
gemia mucho y lloraba,
y suspirando decia:

Abraza á la desdichada
de Agueda de Acebedo,
la perdida y desastrada,
que soy tu hermana amada,
y al Señor tengo gran miedo.

Yo soy tu hermana, que estaba
para monja virtuosa,
y hoy de Satanás esclava.
¡O buen Jesus! tú me lava,
que estoy de cieno lodosa.

Mi Dios, no haya mas discordia,
acójeme á tu rebaño,
pon en mi alma concordia,
que es mas tu misericordia
que mi pestífero daño.

Veinte y seis años cabales
ha, mi Dios, que te negué,
y los bienes celestiales
dejé por los temporales,
do mi alma encenagué.

Las ropas de terciopelo,
y de muy rico damasco,
las arrastra por el suelo,
volviéndose á Dios del cielo,
y al mundo le pone asco.

Galas, ajorcas, manillas,
anillos y collar de oro,
con lágrimas muy sencillas
los despide, y sus mejillas
lava con esquivo lloro.

La oveja que era perdida
se vuelve ya á su Pastor;
y la que se vió aplaudida,
lamenta muy compungida
la ofensa que hizo al Señor.

Diciendo: Rey celestial,
yo te bendigo y alabo,
pues por restaurar mi mal,
mi propio hermano carnal
me enviaste por esclavo.

Y fue para que advirtiese,
no irá mi alma perdida,
si mis pecados gimiese,
y á tí, mi Dios, me volviese
á gustar tu pan de vida.

El clérigo como vió
que era su hermana carnal,
á Dios muchas gracias dió,
y de rodillas se hincó,
diciendo al Dios inmortal:

Pues tomasteis carne humana
por todos los pecadores,
Señor, perdona á mi hermana,
que desea verse sana
por tornar á tus amores.

Dos mozas que en casa habia
eran idas á lavar;
los hijos en compañía
del padre, que al tercer dia
han de venir de cazar.

El clérigo confortaba
á su hermana, y la tenia,
que con un canto se daba,
el pecho se lastimaba,
y de ello no se dolia.

Llorando dice: llegué
á publicar mis pecados;
á quién me descubriré?
buen Jesus, perdóname
mis graves yerros pasados.

No me eches de tu presencia,
gran Señor de los señores,
ten de mi alma clemencia,
porque haga penitencia
de mis pecados y errores.

Mi ánima pecadora
presento en tus santas manos;
y la Virgen mi Señora
sea guarda y guiadora
hasta tierra de cristianos.

Decidme, Virgen María,
cuándo cobraré el salario
que ganar antes solia,
pues rezaba cada dia
vuestra corona y rosario?

El dia que le rezaba
ganaba cien mil tesoros,
mi alma se consolaba,
y ahora la tengo esclava,
cautiva en tierra de moros.

O alma! la honra y prez
que os dieron en el bautismo,
y aquella hermosa tez,
mas negra va que la pez
caminando hácia el abismo.

Solias estar hermosa,
blanca, limpia y agraciada,
como de Jesus esposa,
y ahora estás ponzoñosa,
por todas partes manchada.

El apetito carnal
os sacó, triste alma mia,
del colegio angelical,
y os puso en paso mortal,
dándoos pena noche y dia.

De esta suerte lamentaba,
cuando á solas se veía,
y luego disimulaba,
mientras lo que deseaba
el cielo se lo cumplia.

Quiso Dios que fue elegido,
muy lejos de aquella tierra,
por capitan su marido,
del rey Marfuz proveido
para ir á cierta guerra.

Sus hijos llevó con él,
que eran ya de buena edad;
y quiso su Magestad
que un hijo de un mercader
estaba en cautividad.

Viniéronle á rescatar,
y la dueña tuvo modos
de poder con él hablar,
y vinieron á sacar
pasaporte para todos.

Esto al fin así ordenado
hizo una carta echadiza,
como que se la enviado
su suegra, y que la ha llamado
de la ciudad de Alechiza.

Diciendo estaba doliente,
y fatigada en su lecho;
y la dueña sábiamente
la dió á leer á la gente
por disimular su hecho.

Todos cuatro juntos fueron
hasta la ciudad de Roma,
nunca descubiertos fueron,
ni perseguidos se vieron
de la gente de Mahomá.

Estando en Roma, decia
la muy convertida dueña,
no sin placer ni alegría,
ablandaos, alma mia,
que estais mas dura que peña.

Alzad los ojos y ved
la franca y divina palma,
donde se aplaca la sed:
pues Dios os hace merced,
sabedlo conocer, alma.

Siendo ante el Papa humillada,
dice: Padre espiritual,
lávame, que estoy dañada,
y me he visto abarrancada
en un kondo cenagal.

Pues he visto tu presencia,
óyeme, Pastor sagrado:
Padre, de mí ten clemencia,
y no me des penitencia
conforme mi gran pecado.

Que si Dios me castigase
conforme á mi gran error,
no es mucho que me tragase
la tierra, y me sepultase
en llamas de vivo ardor.

Por fin se reconcilió
y recibió lumbre nueva,
y resolución tomó,
como despues diré yo,
de retirarse á una cueva.

Plegue á Cristo, mis hermanos,
que lavemos la conciencia,
y con pensamientos sanos
sirvamos como cristianos
á la divina Potencia.

Para que reconciliados
en la gran Jerusalem,
vivamos muy descansados
con los bienaventurados,
por siempre jamás. Amen.



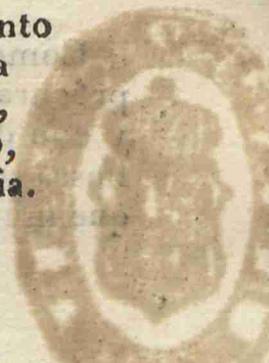
LA RENEGADA DE VALLADOLID.

SEGUNDA PARTE.

En la cual se refiere el resto de la vida y áustera penitencia que hizo en el monte Arsanio, junto á Roma, Doña Agueda de Acebedo, natural de Valladolid, la cual habia renegado de nuestra ley en tierra de paganos; y como convirtió á dos hijos suyos moros á nuestra santa Fé, sin que ellos la conociesen: y su dichoso fin.

Dios Padre, Rey sempiterno,
 sea quien siempre me ampare,
 Dios hijo me dé gobierno,
 y el Santo Espiritu Eterno
 ponga luz donde faltare.

Quien la paz y vencimiento
 trajo al mundo por victoria
 alumbre mi entendimiento,
 mi lengua, gracia y aliento,
 mi pluma, plana y memoria.



Con su ayuda singular
estaré seguro y cierto
que podré bien negociar,
y seguramente entrar
por la barra estrecha al puerto.

O Princesa de la gloria,
barra segura que dais
al alma puerto y victoria,
por la barra de mi historia
me sigo, si me guiais.

Tiempo es ya que nos dejemos
del vicio malo pendiente,
que con vicios nos perdemos,
y nuevo ejemplo tomemos
de una muger penitente.

Fué en Valladolid nacida
esta bienaventurada,
de sus padres muy querida,
y por enmendar su vida,
de Jesucristo estimada.

Vereis que por la riqueza
y vicios negó al Señor;
y con cuánta fortaleza
de fé y divina firmeza
tornó á buscar su Pastor.

Vereis la que se vestía
de seda y finos colores,
diferentes cada dia,
y en rica cama dormía
de muy suaves olores.

Como recuerda del sueño,
procurando nueva luz,
y con dolor no pequeño
busca su perfecto Dueño
que murió por ella en cruz.

Vereis como al punto olvida
hijos, marido y hacienda,
con fé viva arrepentida
va á buscar el pan de vida,
con propósito de enmienda.

Vereis quien sirvió á Mahoma
veinte y seis años cabales,
como al Señor vuelve, y toma
el camino para Roma,
por penitencia sus males.

Vereis quien vivido había
tantos años al revés,
y tan gran fausto tenía,
como descalza venía,
corriendo sangre sus pies.

Vereis quien se regalaba
con buenas conservas finas,
como con yerbas pasaba,
y desnuda se acostaba
entre las duras espinas.

Vereis que cuando se vió
en Roma, puerto seguro,
la tierra santa besó
y á Dios mil gracias le dió
con entrañable amor puro.

Y como en San Pedro estaba
gimiendo su grande error,
en un rincon se sentaba,
que de vergüenza no osaba
mirar al altar mayor.

Su boca en tierra pegó,
y suspirando entre sí,
á Jesus perdon pidió,
y nueve horas lloró
sin levantarse de allí.

Por la fiesta celebrada
de María Magdalena,
fue del Papa perdonada,
y también reconciliada
esta muger santa y buena.

Y despues de recibir
á Jesus, Rey soberano,
que hace á las almas vivir,
se fue luego á despedir
del sacerdote su hermano.

Dijo la dueña prudente:
Melchor de Salcedo, hermano,
ya quiso Dios soberano,
que me lavase en la fuente
que dá salud al cristiano.

Estos dias, que tasados
me dió Dios por su clemencia,
los cuales están contados,
quiero que sean gastados
en ayuno y penitencia.

He menester prestamente
arrojar de mí la carga
con que el alma pena y siente,
pues esta vida presente
es corta y esotra larga.

El sacerdote sentía
con esto pena y pesar,
y á su hermana le decia,
que por qué no se queria
con él á España tornar.

Pues sabe que es tan copiosa
Valladolid y cumplida,
de todo bien abundosa,
muy alegre y deleitosa,
y sobre todo escogida.

Ella dijo : no se aplaca
con el deleite la pena,
sin gustar de la triaca
que gustaron la Egipciaca
y María Magdalena.

Mi intencion es habitar
por el áspero desierto,
y este mi cuerpo domar,
hasta hacerle bien pagar
el mal que tiene encubierto.

El clérigo procuró
luego un bajel en el puerto
con que á España se partió,
y la hermana caminó
para el áspero desierto.

Veinte y una legua fue
desde Roma al monte Arsanio,
padeciendo hambre y sed,
y puesta siempre su fé
en Jesus, Rey soberano.

Por la mayor espesura
inhabitable se entró,
muy áspera, seca y dura,
por do humana criatura
jamás pasó ni habitó.

El vestido se quitaba,
que se le hacia enfadoso,
en vivas carnes quedaba,
tanto que no cobijaba,
sí lo honesto y decoroso.

El vestido lo tenia
guardado en cierto lugar,
que nunca se lo vestia,
hasta que á Roma venia
cada año á comulgar.

Su cuerpo continuo andaba
sujeto al frio y al viento;
el rojo sol la abrasaba,
y con yerbas se pasaba,
sin otro mantenimiento.

En las rodillas tenia
ásperos callos de estar
en oracion noche y dia,
y las espaldas traía
plagadas de se azotar.

El pecho muy lastimado,
la cara negra, tostada,
el rostro desemejado,
muy enjuto y arrugado,
como cosa ya pasada.

Sus cabellos tan preciados,
de oro fino en el color,
que andaban muy erizados,
tenia diferenciados
del aire, frio y calor.

Los ojos tenia hundidos,
y sus labios delicados
muy ásperos y cortados,
y sus pies antes pulidos,
heridos y ensangrentados.

La semana Santa entraba
en Roma con humildad,
confesaba y comulgaba;
y los vestidos llevaba
solo por honestidad.

Y despues que aposentaba
en sí tan ricos tesoros,
al desierto se tornaba,
y á nuestro Señor rogaba
por aquellos hijos moros.

Que como vió que quedaron
moros, sin conocimiento
de fé, que no la alcanzaron,
ni en ella les enseñaron,
sentia mucho tormento.

Y cruzadas ambas manos
rogó á Jesus, que en la cruz
padeció por los humanos,
que los hiciese cristianos,
guiándolos con su luz.

Por ellos dando gemidos,
rindióla el sueño, y oyó,
ve por tus hijos queridos,
que serán favorecidos
del Señor que los crió.

No temas en la partida,
que de enemigos malignos
no te verás perseguida,
ni allá serás conocida
de tus hijos y vecinos.

Cuando recordó y pensó
en lo que soñado habia,
del desierto se salió,
adonde penitenció
ocho años con agonía.

Con lágrimas se despide
del desierto do habitaba,
y á Dios por favor le pide
que en ningun tiempo la olvide,
pues á él se encomendaba.

Ochocientas leguas fue
entre moros, do pasó
hambre, trabajos y sed,
por enriquecer con fé
á dos hijos que parió.

Cuando Dios quiso que viera
á sus dos hijos amados,
es de creer que dijera:
¡ay hijos, quién os tuviera
dentro en Roma bautizados!

Como en casa entrar les vió
la madre noble y prudente,
asosegar les dejó,
y limosna les pidió,
diciéndoles humildemente:

Caballeros, consolad
á aquesta necesitada,
así la consuele Alá
á vuestra madre que está
por vosotros bien penada.

El mayor habló muy triste,
que mas claro lo entendió,
y le preguntó: tú viste
algun tiempo ó conociste
la madre que nos parió?

Ella dijo: bien la ví,
y os podré dar nuevas de ella;
y os prometo y digo así,
que mejor la conocí
que no vosotros á ella.

Los dos hermanos lloraron
su madre oyendo nombrar,
porque en extremo la amaron,
y en un retrete la entraron,
donde la hicieron sentar.

En medio de ellos tenían,
haciendo llanto sobrado,
la cosa que mas querían,
aunque no la conocían,
como se ha desemejado.

Dijeron con pena triste:
la madre que nos parió,
en dónde la conociste?
ó cuándo ha que la viste
despues que de acá partió?

Dijo: yo la conocí
cuando Agueda se decia
de Acebedo, pues nació
cuando ella en Valladolid,
en su mismo tiempo y dia.

Y tanto amor la cobré,
que cuando vino á Bugía
la serví y acompañé,
y cuando ella cautivé
por la desventura mia.

Y el dia que se casó
con Idejar vuestro padre,
el mismo que os engendró,
en las bodas me hallé yo
con Adajar vuestra madre.

Mucho deseados fuisteis
de la madre que os parió,
que es la que tanto quisisteis,
y aun al tiempo que nacisteis,
cierto no dormia yo.

Porque de mí se fiaba
en sus partos dolorosos,
á su cama me llevaba,
y en su casa me hospedaba
con grande alegría y gozo.

A entrambos os sustenté:
cuando os veía, me acordaba
de dos hijos que crié;
y os prometo por mi fé
que mi propia leche os daba.

Decian con dolor triste,
con sus lágrimas bañados:
madre, pues que nos pariste,
por qué causa aborreciste
estos hijos desdichados?

Si la secta mahometana:
desechaste, madre nuestra,
fuéramos de buena gana
á admitir la fé cristiana
en la compañía vuestra.

Qué es la causa que olvidais
á quien con dolor paristeis?
siquiera no os acordais,
aunque mas cruel seais,
que en el vientre nos tragisteis?

Y si quisisteis dejarnos
para ir al cristianismo,
enviárais á llamarnos,
que fuéramos á lavarnos
en el divino bautismo.

Doce esclavos que venian
del campo de trabajar,
y á dos que en casa tenian,
los dos hermanos decian
que se fuesen á cenar.

Harto hacia y porfiaba
para poderse escusar
del nombre que se le daba,
y en lágrimas se bañaba
viendo á sus hijos llorar.

Volviéronla á preguntar
si de su madre sabia;
y ella dijo: sosegar
podeis, porque os quiero dar
unas nuevas de alegría.

No esteis tan apasionados,
que en quietándose la casa,
que estén todos sosegados,
os contaré, mis amados,
la verdad de lo que pasa.

Muy buena cena tenian,
y no hay manjar que les cuadre,
que todo lo aborrecian,
con deseo que tenian
de saber ya de su madre.

Como cenar no pudiesen
de pena su madre y ellos,
mandaron que se le hiciese
una cama do durmiese
emparejada á la de ellos.

Como no era acostumbrada
dormir en lienzo delgado,
ni cama apartamentada,
no quiso la dueña honrada
mas de un cabezal doblado.

Despues de se encomendar
á Dios que es supremo Padre,
les comenzó luego á hablar
á sus hijos, y contar
nuevas de su buena madre.

Diciendo: no tengais pena,
ni mostreis mas sentimiento,
que vuestra madre está buena,
de tantas riquezas llena
que no hay número ni cuento.

Y á tanto llega su honor,
que espera presto un dictado
de incomparable valor,
del mas supremo Señor
que en el mundo se haya hallado.

En Roma la vide buena,
firme en la divina fé,
de vicios malos agena,
que esta santa cuarentena
con ella estuve y hablé.

No comia ni bebía
si primero no lloraba
por dos hijos que tenia
metidos aquí en Turquía,
porque mucho los amaba.

Y como yo me doliese
del triste llanto que hacia,
la supliqué os escribiese,
y que por cierto tuviese
que yo la carta os daria.

Siempre socorrida fui
de Dios, que es celestial Padre:
una carta traigo aquí,
ved si conoceis ahí
la firma de vuestra madre.

Despues que la desplegaron
y la letra conocieron,
muchas veces la besaron,
y allí á llorar comenzaron
de contento que tuvieron.

Muchas veces la leían,
sin pensar en descansar,
y á su madre le decian
de qué manera podrian
seguros en Roma entrar.

Dijo la madre: tomad
los esclavos que teneis,
y otros cuatro mas comprad,
que menester los habreis.

Al puerto todos iremos,
viendo la noche cerrar,
que á seis millas le tenemos,
y un bergantin aprestemos
de los que van á pescar.

Este consejo aprobaron
por bueno, y secretamente
bastimento aparejaron,
y cuatro esclavos compraron,
gente moza y diligente.

Todos fueron avisados
de su bien y libertad;
y así una noche cargados
de bastimentos, y armados
marcharon con brevedad.

Entre los barcos hallaron
un bergantin excelente,
listos el ferro zarparon,
y sin temor se embarcaron
todos veinte prestamente.

Tanta ventura tuvieron,
que por su buen navegar,
y un piloto que trajeron,
en treinta y seis dias fueron
á Roma á desembarcar.

Y siendo desembarcados,
la dueña se declaró
con sus hijos deseados,
diciendo: hijos amados,
ved aquí la que os parió.

Abrazadme, véisme aquí,
no esteis ya como elevados,
que yo soy la que os parí,
y la que mi leche os dí,
con la cual fuisteis criados.

Yo soy quien siempre ha rogado
á Dios y á nuestra Señora,
que es la Virgen sin pecado,
que os pusiese en el estado
de la fé, que os veis ahora.

Maravillados estaban
de lo que la madre habló;
los dos hijos la miraban,
mas no se determinaban
si fuese su madre ó no.

Sepas, hermano, una cosa,
dijo el mayor, que cual yo,
tendrá en el pecho una rosa,
si es nuestra madre piadosa
la que á entrambos nos parió.

Los dos hijos la apartaron,
y el pecho le descubrieron:
como la rosa encontraron,
con mucho amor la abrazaron
cuando ya la conocieron.

Los llantos quiero dejar
que entones se acrecentaron
de gozo y no de pesar;
y así quiero declarar
el cómo se bautizaron.

Como el Papa conoció
ser firme y bueno su intento,
bautismo les concedió,
y un Obispo se les dió
con gran música y contento.

Siendo en bautismo lavados,
al Papa los pies besaron,
y entre el Papa y los Prelados
mas de veinte mil ducados
de limosna les juntaron.

En Santa Clara se entró
la madre, y se cree cierto
que de cansada enfermó,
y tambien porque pasó
gran trabajo en el desierto.

Queriéndola Dios llevar
á su reino soberano,
mandó á sus hijos llamar,
porque les queria dar
la bendicion de su mano.

Y despues que se la dió,
y ellos besaron sus manos,
con amor los abrazó,
y mucho les encargó
que fuesen buenos cristianos.

Noche propia que nació
nuestro Redentor glorioso,
de ochenta y seis que pasó,
su ánima presentó
á Jesucristo piadoso.

Un olor que confortaba,
del cuerpo santo salia,
gran resplandor la cercaba,
y su vida predicaba
quien de confesion la oía.

Que es solo á quien descubria
la dueña su corazon
mas de nueve años habia,
y así su vida decia
predicando en un sermon.

De donde habemos sacado
esta deleitosa historia:
y así plegue á Dios sagrado
que nos sirva de dechado
para conseguir la gloria.

FIN.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24.